



Año I

Nº 6

ANALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

Elias Leiva

Luis Castro J.

Rómulo Tovar

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL

Sumario

Un músico sordo

(Conferencia de don José Fabio Garnier)

Decadencia contemporánea

(Conferencia del Licdo. don Luis Castro Saborío)



Ateneo de Costa Rica

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1912

Presidentes Honorarios

Antonio Zambrana
Justo A. Facio

Presidente efectivo

Justo A. Facio

Vicepresidentes

Enrique Jiménez Núñez
Ernesto Martin

Vocales

J. Fidel Tristán
Tomás Povedano
C. González Rucavado
Anastasio Alfaro
J. J. Vargas Calvo

Secretarios

Fabio Baudrit
Juan Dávila



José Fabio Garnier

Tiene 28 años. Nació en la ciudad de Esparta, de esta República. Hizo sus estudios de primera enseñanza en el Liceo de Costa Rica, en donde obtuvo el diploma de Bachiller en Humanidades. En 1904 se trasladó a Bolonia, (Italia), en cuya Universidad hizo estudios de ingeniería y arquitectura, hasta recibir, en 1910, el título profesional correspondiente a los dos ramos. Antes de trasladarse a Italia había publicado aquí *La primera sonrisa* (novela). En 1905 dió a luz su segunda novela con el título, *La esclava*. En Italia se dedicó á la crítica literaria y al teatro. Redactó en Bolonia la sección española y americana de la revista *Rassegna de Letterature moderne*. En 1909 la casa de Sempere, de Valencia, editó *Perfume de belleza*, libro de crítica, y el año siguiente la casa Garnier, de París, publicó su nuevo volumen de artículos literarios, *La vida inútil*, del cual forman parte esencial los estudios acerca de las *Mujeres de Ibsen* y las observaciones acerca de *El quijotismo religioso en América*.

Para el teatro el señor Garnier ha escrito *El retorno*, drama en un acto, traducido al italiano y representado en Italia y, recientemente, en esta ciudad; *La última escena*, comedia en un acto, representada también en Italia y en San José; *La renuncia*, drama en un acto; *La sombra de la hermana*, comedia en dos actos, y *La Enemiga*, drama, igualmente en dos actos. En todas sus obras teatrales el señor Garnier sigue las tendencias ibsenianas.

Actualmente dirige aquí la revista *Cordelia*, publicación dedicada a la cultura femenina, y colabora con asiduidad en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires; es, además, profesor de Matemáticas y de Ciencias Físico-Químicas del Liceo de Heredia y miembro efectivo del Ateneo de Costa Rica.





Un músico sordo

Conferencia leída por el señor don José Fabio Garnler,
en el Ateneo, la noche del 29 de julio de 1912.

Quien no tiene un carácter grande no es ni grande hombre, ni grande artista, ni grande sabio; esos ídolos sin carácter que tanto abundan, para las personas cultas no son sino becerros de oro que el fuego purificador del pensamiento moderno fundirá tarde o temprano.

El músico sordo de quien hoy voy a hablar fué un grande hombre, fué un grande artista, porque fué un ser saturado de voluntad, porque nunca inclinó sus ideales artísticos y sociales ante nada ni ante nadie. Fué ante todo, un hombre de corazón.

Luis van Beethoven, nació en Bonn, cerca de Colonia, el 16 de diciembre de 1770, de un tenor poco inteligente y muy borracho y de una criada, hija de cocineros y viuda de un camarero. Desde la infancia, la vida fué, para él, un combate triste y brutal. Su padre, el borracho consuetudinario, quiso explotar su vocación musical exhibiéndolo, por poco precio, como si fuera algo raro. Tenía apenas cinco años y ya se le obligaba a estar horas y horas tocando el piano y el violín. La violencia fué quien le enseñó la música; si aquella violencia hubiese durado unos cuantos años más, de seguro Beethoven habría llegado a odiar la

música y hoy al arte mundial faltaría la estrella de primera magnitud, porque, sin duda alguna, el niño prodigio de Colonia fué el más grande y el más sincero de los artistas que han dedicado sus energías al culto de la armonía.

A los quince años ya sentía el ansia de morir, él mismo lo confesó en una carta escrita en 1816, en un párrafo que decía: «Desgraciado del que no sabe morir. ¡Cuando yo apenas tenía quince años ya lo sabía y lo deseaba!»

A los 18 años se presentó en su cielo, hasta entonces siempre oscuro, la luz encantadora que irradiaba la imagen de una mujer inteligente,—Eleonora de Breuning, a quien él enseñaba la música y quien lo inició en las bellezas de la poesía.

Al cumplir los 22 años Beethoven se radicó en Viena. Entonces comenzó a sentir que dentro de su cabeza algo bullía, algo que debía, más tarde, ser inmortal; en su diario apuntó, en esa época, aquella frase célebre: «Valor! Apesar de todas las debilidades del cuerpo, mi genio triunfará. . . ! Es necesario que a los veinticinco años el hombre se revele en todo su valor!»; cuando escribió ese párrafo debutaba apenas, acababa de dar su primer concierto en Viena. Comienzan los triunfos, se inician las ovaciones, pero esos triunfos y esas ovaciones, Beethoven no los ve sino con los ojos del corazón; su bondad es tanta que, en esa época, para expresar su alegría dice lo siguiente: «Soy feliz; ahora si veo a un amigo en la necesidad y si mi bolsillo en ese momento no me permite ayudarle inmediatamente, no tengo más que sentarme a escribir y, en poco tiempo, aquel amigo está libre de fastidios!» Otra vez afirmó que su arte debía consagrarse al bien de los pobres.

Pero la desgracia, que había sido su compañera y que le había abandonado por unos años, volvió a trazarle la senda por la cual debía seguir. Entre los 26 y los 30 años su oído empezó a debilitarse progresivamente; al principio, no quiso confesarlo a nadie; se alejaba de todos para que sus amigos no pudieran darse cuenta de su infortunio; pero a los 31 ya no pudo callarlo más; su desesperación era infinita al confesarlo al pastor Amenda, uno de sus pocos amigos íntimos: «Tu Beethoven es profundamente infeliz! La parte más noble de mí mismo, mi oído, se debilita cada vez más.

Qué vida más triste se me prepara: evitar todo lo que adoro y todo lo que me entusiasma en un mundo como éste, tan miserable y tan egoísta! Triste resignación la mía!» Y al doctor Wegeler, al comunicarle la misma noticia, lo hizo con palabras saturadas de un dolor inmenso: «Estoy sor-do, no oigo los sonidos altos de los instrumentos, no aprecio las voces. . . .; cuando hablan en voz baja apenas si percibo los sonidos y cuando gritan sufro terriblemente. A veces maldigo la existencia. . . . En ciertos momentos me conside-ro el ser más miserable de los que Dios ha creado.» Esa tristeza trágica la expresó magníficamente en la *Sonata Paté-tica* y principalmente en el *largo* de la *Tercera Sonata*, es-critas la segunda en 1798 y la primera en el año siguiente. A pesar de estar sumida en el mas negro de los dolores, su alma no quiere inclinarse, se alza altiva con altiveces de rei-na por todos venerada y crea una alegría que no es sino el reflejo de las alegrías pasadas. Vivió del pasado, porque el presente fué injusto con él; por eso escribió el sonriente *Septuor* (1800) en el cual persisten los recuerdos de su país natal; la *Sinfonia en do mayor*, que también es un canto al Rhin, con cuyas melodías uno siente el escalofrío que produ-ce todo lo que es obra de arte.

A su tristeza física vino a unirse una desilusión terri-ble causada por una mujer egoísta, superficial,—Julieta Guic-ciardi—quien lo hizo sufrir de un modo cruel, pues al amor sincero que el artista la ofrendaba, ella correspondió con una coquetería refinada. Esa pasión quebrantó mucho a Beethoven, quien llegó hasta a pensar en el suicidio, del cual lo salvó su inflexible idealismo. Ese amor, ese sufrimiento, ese idealismo, esas tragedias interiores se reflejan exacta-mente en las obras escritas en 1802; en la *Sonata con mar-cha fúnebre*, en la *Segunda Sonata*, en la cual llaman la aten-ción los recitados dramáticos que en mucho la asemejan al monólogo desgarrador de una tragedia griega; la *Sonata en do menor* para violín; la célebre *Sonata a Kreutzer* y la deli-cada *Sonata al Claro de Luna*, que ha inmortalizado el nom-bre de la ingrata Julieta.*

* El profesor don Julio Osma ilustró esta parte de la conferencia ejecutando ma-gistralmente en el piano la bellísima sonata *Al Claro de Luna*.

Cuando Beethoven escribió su *Segunda Sinfonía* en 1803, se nota que en él la voluntad ha vuelto a tomar el predominio; la vida se impuso en todo, Beethoven deseó ser feliz, por eso, el final de esa *Segunda Sinfonía* es una manifestación de triunfos del amor, de victorias de la existencia: la esperanza es el *leit motiv* de ese final.

Luego vino su admiración hacia Bonaparte, a quien dedicó la *Sinfonía Heroica* cuando creyó que Napoleón fuese el hombre destinado a implantar en el mundo una república ideal; pero al convencerse de que Bonaparte no era sino un ambicioso más, al ver que su ídolo se convertía en un hombre vulgar, borró la dedicatoria sustituyéndola con este título que revela su indignación: *Sinfonía heroica compuesta para celebrar el recuerdo de un Grande Hombre*. La primera parte de esa Sinfonía es un retrato lírico del Napoleón que soñaba Beethoven, del Bonaparte, genio heroico de la revolución; la última parte es la marcha fúnebre de sus esperanzas en el dios de la Victoria.

En 1804 escribió la *Sonata appassionata*, de la cual el Canciller de Hierro decía con admiración: «Si oyese amenudo esa sonata, sería siempre el hombre más valiente del Imperio Alemán.»

En el trascurso del año siguiente, hizo representar su ópera *Fidelio*. En 1806 se formalizaron sus relaciones con Teresa de Brunswick a quien declaró su amor, en una noche de luna, tocando con una solemnidad misteriosa aquel hermoso canto de Sebastián Bach cuya letra empieza así: «*Si quieres darme tu corazón, hazlo en secreto, de manera que nadie pueda adivinar nuestros pensamientos comunes.*» Ese amor dejó sus huellas grandiosas en la *Cuarta Sinfonía*, en la cual se respira el perfume de las hermosas tardes otoñales llenas de calma, llenas de esperanzas que saturan de belleza a los corazones enamorados.

El león lírico estaba enamorado; por eso escondió las garras, por eso atenuó su fuerza, dulcificó sus amargas concepciones acerca de la vida al escribir la *Sinfonía en si bemol*, la *Sinfonía en do menor* y la encantadora *Sinfonía Pastoral*, en la cual está todo el sol de un mediodía de verano con su lujuria de luz y con sus encantos de calma.

Una razón misteriosa, talvez la falta de recursos, tal-

vez la diferencia de condiciones, vino a romper aquel idilio cuando Beethoven depositaba en él todas sus esperanzas y todos sus triunfos del mañana. Pero, a pesar de esa ruptura, Teresa amó a Beethoven hasta su muerte, y de la misma manera Beethoven amó a Teresa. Entonces, el Maestro, abrazando el retrato de su princesa lejana, se decía a sí mismo: «Pobre Beethoven, no existe la felicidad para ti en este mundo; sólo en la región del ideal encontrarás amigos.»

Abandonado por el amor, el artista se entregó por completo a su carácter violento, sin respetar nada y sin respetar a nadie. La alegría de su potencia le hizo olvidarlo todo; lo único que sabía entonces era, que, debido a su genio, él podía decir todas las verdades, aun a los más poderosos. Una escritora alemana que lo conoció en esa época dijo de él: «Ningún emperador, ningún rey ha tenido, como él, conciencia de la propia fuerza.»

Fué ella, Bettina Brentano, quien hizo que los dos genios alemanes se conocieran: Beethoven y Goethe. De Goethe, Beethoven decía que era grande, majestuoso, que escribía en *re mayor* y que por encima de él colocaba solamente a tres hombres: Homero, Plutarco y Shakespeare. Esta confesión demuestra lo refinado que era su gusto literario, a pesar de haber recibido una educación descuidada. Sus modelos fueron siempre Sócrates y Jesús, héroes ambos de un idealismo simpático, cuyas huellas se van perdiendo cada vez más, porque de las hermosas teorías del socratismo y del cristianismo el mundo se va apartando continuamente, instigado, talvez, por quienes se han convertido en sostenedores de esos delicados ideales.

Luego vino la *Sinfonía en la*, de la que muchos dijeron que era la obra de un ebrio; Beethoven lo supo y contestó con fiereza: «De un ebrio, sí, però de un ebrio de fuerza y de genio. Yo soy el Baco que prepara el delicioso néctar para la humanidad. Soy yo quien da a los hombres el divino frenesí del espíritu.» Y, en verdad, la *Sinfonía en la* es un derroche continuo de energías sobrehumanas, es un delirio que desborda, que arrastra, que entusiasma.

El 1814, alcanzó Beethoven el apogeo de su gloria: el Congreso de Viena lo llamó genio europeo, los príncipes lo saludaban como a un rey y, en efecto, era un emperador

cuyo dilatado imperio no estaba en este mundo; él mismo lo decía sonriendo: «mi imperio está en el aire, se respira, embriaga, se apodera de todos.» *

Después del apogeo, las horas tristes, las horas en las cuales la ingratitud humana sale a la calle a borrar los recuerdos gratos, a profanar tumbas queridas de esperanzas recién muertas, a negar aprecio a lo que ayer mismo respetaba.

Beethoven no podía gustar a aquella gente de espíritu mundano y superficial, a aquella multitud que pretendía que todos los grandes le rindiesen pleito-homenaje. Por eso Beethoven y Wagner, los dos genios de la música alemana, odiaron tanto a Viena y a su sociedad mediocre.

La sordera se había hecho completa. Cuando en 1822 quiso dirigir su ópera *Fidelio*, como no oía nada, retardaba la orquesta mientras los cantantes seguían, llegando a producir una confusión general. Beethoven no podía dirigir, pero, ¿quién se atrevía a decírselo? ¿quién era capaz de llegar a su lado para murmurarle: retírate, desgraciado, no puedes dirigir? Cuando él comprendió el por qué de aquella confusión salió del teatro huyendo, corrió hasta su casa, en donde se echó a llorar como un niño.

Luego vinieron las épocas dolorosas en las cuales el dinero empezó a escasear, en las cuales era preciso trabajar para procurarse el pan de todos los días; debía a muchos amigos y sus obras nadie las compraba. Desde el fondo de ese abismo de tristeza, Beethoven quiso glorificar la Alegría; el tema de la alegría le venía interesando desde muy joven pero nunca le dió un desarrollo tan completo como cuando más atormentado se veía por el sufrimiento.

La felicidad ideal él la forjaba con las miserias físicas, con la sordera, con las desilusiones de todos los momentos, con todo lo negro que ante sus ojos, ávidos de blancura, hacían desfilar las ingratitudes humanas. En la *Novena Sinfonía* es en donde hizo el derroche de las alegrías soñadas desde hacía tanto tiempo; en esa sinfonía algo acaricia a los corazones heridos, algo embalsama el ambiente de hos-

* La conferencia fué ilustrada en este pasaje por el maestro don Ismael Cardona, quien ejecutó en el violín, de modo admirable, la *Romanza en sol*.

pital en que vivimos, algo destruye los malos sentimientos que nos acosan, como lobos hambrientos, en medio de la estepa por donde vuela el trineo de nuestra existencia. Y aquella sinfonía tan llena de notas alegres, hecha para celebrar la alegría, hace llorar; en la lucha con el dolor, éste vence siempre; en Beethoven triunfó también; después de la alegría guerrera, endonde su genio se agita con furores de rey Lear, viene el éxtasis religioso, endonde su alma dolida busca la protección de algo divino; los que tienen grandes dolores buscan en vano: los hombres como los seres sobrehumanos se muestran sordos a sus quejas y a sus plegarias. Por eso la *Novena Sinfonía* termina en una orgía sagrada, en un delirio de amor. Todo suspira, en ese canto, por la alegría; pero en el fondo hay un matiz de tristeza que, de cuando en cuando, deja escapar sus perfumes, los cuales, como nubes de incienso, hacen menos visible la imagen venerada de la alegría y llevan al alma la completa certidumbre de que, entre todas las cosas humanas, lo único divino y eterno es el dolor.

La *Novena Sinfonía* fué un nuevo triunfo para Beethoven, pues despertó en Viena un entusiasmo frenético; muchos lloraban; también Beethoven lloró lágrimas sinceras después del concierto. Pero el triunfo fué pasajero y en cuanto a resultados prácticos, no tuvo ninguno: nadie se acordó de la miseria del Maestro quien, vencedor, ahora se veía más vencido por la pobreza, por la enfermedad y por el abandono de sus contemporáneos.

En 1827, cuando una pleuresía lo hizo guardar cama, de la cual no volvió a levantarse, escribió con serenidad una frase que parece algo así como el presentimiento de un suceso que debía efectuarse inmediatamente después, cuando hubiese muerto, cuando todo parece inútil, hasta la gloria. Beethoven dijo: «Me armo de paciencia y espero, espero; porque todo mal trae consigo algún bien.»

Una mano extraña, la del joven músico Anselmo Huttenbrenner, en una noche de tempestad recia, cerró para siempre aquellos ojos gloriosos el 26 de marzo de 1827.

Funerales grandiosos preparó la naturaleza para aquel grande caído: la tempestad, con sus relámpagos continuados, formaba los cirios parpadeantes que velaban el

cuerpo del anciano sublime; los truenos roncós hacían eco a las grandes melodías llenas de soberbia escritas por Beethoven. Murió en medio de una tempestad como había vivido en medio de una tempestad continua, viendo abatidos por el rayo de la indiferencia muchos de sus más hermosos proyectos, viendo iluminadas por el relámpago del triunfo sus más bellas creaciones. Pero el relámpago pasaba y todo volvía a quedar a oscuras, obligando al pobre Maestro a llorar sobre los troncos incendiados por aquel rayo que tanto desprecio le mereció.*

Beethoven es un ejemplo de los más heroicos para nuestra juventud, hecha a los triunfos fáciles; su energía es una de las energías superiores, de las cuales el género humano puede enorgullecerse.

Cuando en el eterno combate que debe librar contra la mayoría mediocre llena de vicios que parecen virtudes y de virtudes que son vicios, la juventud estudiosa se sienta fatigada, vuelva sus miradas hacia el autor de la *Novena Sinfonía* y encontrará en esa vida saturada de contrariedades, y de desilusiones, el ejemplo más bello que seguir. Las huellas dejadas por el músico sordo en el sendero que todos debemos recorrer, son huellas que no podrá borrar el vendaval de la envidia ni el huracán de la murmuración,—los dos vientos más terribles que hostilizan al hombre inteligente cuando se aventura en el desierto arenoso de las multitudes contemporáneas. De la vida de ese sordo sublime se desprende algo que contagia, que da fuerzas, que concede valor para emprender cualquiera empresa, por imposible que parezca, que impregna el alma de esa hermosa felicidad de luchar que tanta falta hace a nuestras juventudes dormidas, las cuales ven, con indolencia culpable, pisotear sus más bellos ideales por hombres que no merecen siquiera el calificativo de hombres.

Beethoven, con su vida hecha de sufrimientos, con sus sonatas y con sus sinfonías sublimes, provoca en los espíritus fuertes una ebriedad encantadora,—la ebriedad de la conciencia que siente en sí el soplo divino de la acción y de la creación.

* En esta parte de la conferencia los profesores Cardona, Osma, Gutiérrez y León interpretaron de modo admirable el *Andante del Cuarteto n.º 16*.

Es un desgraciado pobre, enfermo, solitario, que de su dolor hace un manojó para lanzarlo a la humanidad doliente, sobre la cual caen en forma de perfumes penetrantes, de matices delicados, de frescura, de calma. De las plantas de sus dolores arranca flores de alegría para los hermanos desgraciados que no poseen una energía como la de él, que no tienen una conciencia del propio yo como la poseía el músico sordo.

A la alegría por los campos del sufrimiento: ésa fué su estrella, ésa fué su divisa, ésa era la dantesca inscripción esculpida en su ancha frente.

Escribámosla también nosotros en la primera piedra miliar de nuestros ideales y de nuestras acciones. Llevemos adelante nuestras energías, despreciando lo que a su desarrollo se oponga, aplastemos sin misericordia las yerbas malas que la envidia hace crecer en nuestro sendero. Pongamos la vista, como la puso Beethoven, en el porvenir y no en el presente, que tantos dolores nos causa sin concedernos una sola alegría.

En esto el pasado es más misericordioso que el presente: nos concede el encanto de las melodías, de las estatuas, de las pinturas, de los párrafos y de las estrofas engendrados en horas de éxtasis artístico por los grandes idos: Beethoven, Wagner, Miguel Angel, Leonardo, Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes.





Luis Castro Saborío

Tiene 34 años. Nació en San José. Hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Liceo de Costa Rica; obtuvo en él el diploma de Bachiller en Humanidades. En 1900 fué nombrado Alcalde de la capital, cargo que sirvió dos años. Siguió la carrera de Leyes en Nuestra Escuela de Derecho y se recibió de abogado en 1902. Ese mismo año fué nombrado por la Corte Suprema de Justicia, Juez del Crimen de esta ciudad, cargo que todavía desempeña. Ha ganado por oposición la cátedra de Profesor Suplente de Procedimientos Penales, en la cual ha reemplazado en varias ocasiones al propietario. Ha desempeñado también la Cátedra de Decho Penal. El señor Castro Saborío se ha dedicado con toda especialidad a los estudios de Criminalología y Psiquiatría. Sus artículos sobre este ramo de la Jurisprudencia han sido reproducidos en diversas revistas de la América del Sur y de España. Colabora actualmente en varias publicaciones de Derecho extranjeras y, particularmente, en los *Archivos de Psiquiatría*, de Buenos Aires. Ha publicado las siguientes obras: *Actuaciones penales* y *Guía práctica de legislación y jurisprudencia penales*. Actualmente el señor Castro Saborío se ocupa en formar la *Biblioteca de Derecho vigente en Costa Rica*, obra que abarcará unos 15 volúmenes, el primero de los cuales ha visto ya la luz pública. Prepara a la vez un estudio titulado *Nuevos rumbos penales*. Es miembro efectivo del Ateneo de Costa Rica.



Decadencia contemporánea

Conferencia leída por el Licenciado don Luis Castro Saborio
en la velada lírico-literaria que celebró el Ateneo de Costa
Rica, en la noche del 5 de agosto de 1912.

Es un hecho innegable, que se opera en este momento histórico, una transformación mundial de la moralidad.

En todas partes se patentiza una despreocupación en aquel sentido, que va de mal en peor. Y es porque el hombre ha canalizado sus esfuerzos sólo en el concepto económico. Y si es verdad que exterioriza sus ideales de belleza y estética, ornamentando ciudades; si gasta lujo y hace efectivos los progresos científicos en cuanto contribuyen a holgar en la vida, también es dolorosamente cierto, que aquellos ideales de belleza moral que antes resplandecían, no existen ya y en su lugar sólo se encuentra un vacío de sentimientos buenos en el alma y un abandono completo de la fe, base única de la armonía social.

En el trabajo que sigue, he tratado, no de analizar las causas de la decadencia moderna de las sociedades, sino de presentar algunas de ellas, con el objeto de que, conocidas las enfermedades, se apliquen los remedios salvadores que nos hagan esperar épocas de bienandanza y de fe.

Señoras y Señores:

Una de las grandes causas de la decadencia de los pueblos es su falta de educación moral.

Antiguamente la severidad de los romanos; el rigorismo de los espartanos, hicieron surgir aquellos pueblos y cumplir su misión de grandeza en la tierra. Podría pensarse que hoy no tienen razón de ser tales métodos educativos, porque en realidad ellos respondían a fines muy diversos de los hoy perseguidos, tales como formar guerreros y artistas; pero lo que sí es un hecho es que lograron a la perfección, la formación del carácter y el respeto de los hombres e instituciones existentes.

Vino más tarde la flojedad del sistema y con ello poco a poco aparecieron los vicios y degeneraciones que trajeron como consecuencia, el hundimiento moral y material de aquellos pueblos.

¿Hoy nosotros, con ser más civilizados y sabios, contamos con verdaderos caracteres que hagan posible el mantenimiento del progreso alcanzado?

No. La familia, base que parecía inconvencible para los Estados, se desquicia.

Y, ¿por qué? Porque el hombre, preocupado sólo del mercantilismo; embargado su ánimo en los quehaceres que reporta el oficio de acumular millones de oro, se olvida de su educación propiamente dicha y lo que es peor, de la educación de sus hijos.

Hay que vivir ante todo, se dicen. Y los hijos quedan rezagados, con tan poco interés o menos, que el que se le da al fardo de mercaderías invendibles.

¿Qué ocurre entonces?

Que ese indiferentismo, sin desarrollar cariño ni respeto alguno en los hijos para con los padres, produce, por inacción y poco cultivo del sentimiento, el desencanto y el hastío de la vida.

Hace mucha falta a los niños las caricias. Cada una de ellas hace brotar en aquellos corazones blandos y agradecidos, ideas de reconocimiento y simpatía, tan necesarias para conservar la cohesión y fortaleza de la familia.

Me imagino que en esos cerebros jóvenes, con la caricia sentida, germina la semilla de la bondad y del altruismo, como la simiente en la tierra, cuando siente el frote cariñoso del rodillo pasar sobre su superficie.

Padres, acariciad vuestros hijos, como acariciáis la tierra.

Si ésta os da frutos para vuestro organismo, aquélla os dará frutos para vuestra tranquilidad en la vejez.

Más apetecibles estos últimos, porque los primeros centuplican su dulzura, comidos en una mesa bullanguera y llenas de risas y alegrías de vuestros hijos.

El padre de familia, el hombre completo para serlo de veras, debe tratar de que todas sus cualidades se reflejen en los hijos y que los defectos y vicios que en la vida lo han atormentado, no se reproduzcan jamás en esos seres queridos, a quienes para iniciarlos en la vida, se les debe tender un camino de flores.

Muy arraigada está la idea, sobre todo en los campos, de que son los maestros los que deben únicamente educar a los niños. Que son ellos, los que infundiendo sus creencias y modo de pensar en sus discípulos, deben de formar esos corazones con auxilio de su ejemplo y enseñanza religiosa.

Muy equivocado anda, quien tal piensa. Es verdad que el ejemplo del maestro debe ser edificante y oportuno en cada ocasión que se presente. Pero también es cierto, que no es con el maestro con quien está la mayor parte del tiempo el niño, sino con sus padres; y sobre todo, hay que tomar en cuenta que los niños entran a la escuela después de los siete años, es decir, después de que su razón, se abre campo y busca la luz.

Pues si ellos en ese tiempo precioso, en que la placa receptora de su sensibilidad, está lista para impresionarse, sólo escuchan injurias y atropellos; ven puños que se crispan, y respiran ambientes alcohólicos; si en vez de cariños ven sus delicados miembros acardenalados por el golpe brutal, y sienten los dolores de la acometida. ¿Qué pensarán esas pobres cabecitas? ¿Qué acopio de amarguras en tan delicado vaso, no se adivina?

¿Qué idea tendrán ellos de los que se dicen sus padres, si sólo los temen, si sólo ven con espanto su figura y esperan su llegada al hogar, con el temblor del cervatillo acosado por la jauría?

Ese mal ejemplo, esa educación del odio y de los malos sentimientos, traen consecuencias muy graves que se hacen sentir no sólo en el hogar mismo sino en la gran familia humana, en la sociedad.

Un joven de tal manera preparado para la vida, entra en ella con instinto de salvaje; y si en su padre no encontró al amigo, con mucha más razón tendría que pensar que los demás hombres son sus enemigos y como tales los tratará.

No es el catecismo lleno de definiciones, que se repiten bostezando. No es el tratado de urbanidad, que parece obligar a una táctica especial, nuestras acciones. No es una disertación fastidiosa y desesperante de un tratado de moral, escrito por cualquier inmoral, lo que se necesita. No, las ideas de consideración y de respeto, el acopio de reglas de conducta, no se aprenden así, como no se almuerza leyendo un tratado de cocina.

El carácter, el freno de nuestras acciones, no se improvisa, sino que como las instituciones políticas son el exponente de un estado particular del pueblo, alcanzado evolutivamente, el carácter en el individuo, se forma de la misma manera, gradualmente, pasando etapas diferentes, hasta que se alcanza de un modo definitivo, la expresión última de la personalidad propia.

Esas distintas épocas, esos diferentes estados del individuo, son los que hay que estudiar detenidamente; y así como el agricultor se detiene ante las plantas, para acudir en su ayuda con el abono que las fortificará y les dará vida, así los padres de familia y los maestros también, deben pararse a contemplar los niños, para cubrir con su ejemplo o su consejo, las deficiencias que noten en la estructura de su carácter.

Es así, a pequeñas dosis, oportunamente, y no tomando lecciones, como se echan las bases del futuro de un individuo.

Por eso y por lo peligroso del asunto, es que se necesitan buenos padres de familia y buenos maestros.

Como se comprende, no abogo por la creación en los Colegios, de cátedras de moral con texto y con tareas que cumplir.

Yo sí pido que el maestro sea, como también el padre, el único texto a quien los jóvenes consulten con la ma-

yor confianza; y que las máximas de ese texto inapreciable, lleguen a todas partes; en todas las ocasiones en que el desfallecimiento se apodera, para que sea la palabra bienhechora y fortificante, la que levante el ánimo y recuerde al hombre siempre su misión, su altísima misión en la tierra.

Las conversaciones íntimas de la familia; el cambio de impresiones recibidas y contadas durante las comidas; los conceptos emitidos acerca de las personas cuya amistad se frecuenta; las expresiones depresivas para el enemigo o las alabanzas para el amigo; el renegar ante los hijos de la suerte y de la fortuna; el contarles los reveses recibidos o el declararse ante ellos como un vencido en la lucha y gritarles ¡no puedo más!; todo, todo esto son factores importantes para la educación de los hijos, pues si ellos sólo escuchan quejas de quien por la edad y el respeto juzgan superior, tienen necesariamente que amilanarse y desarrollar en su espíritu la timidez para la lucha, y cuando ella llega, presentarse impotentes y apáticos para todo lo que requiera iniciativa. Crear así hijos es restarle a la patria energías.

¡Adelante! adelante! siempre adelante! es el grito de la juventud vigorosa, en cuyo pecho jamás se acurruca el miedo ni la desesperación.

Pero, ¿qué se observa? La falanje que forma la vanguardia de la humanidad se deshace.

Unos, se quedaron en el camino rezagados. No tienen fuerza para la marcha. Su cuerpo endeble vacila y parece un signo de interrogación a la vida.

Otro camina despacio, parece embargado por la duda voraz y se pregunta sin alcanzar contestación, si tiene objeto alguno vivir. Unos se suicidan y dejan en el camino, escrita con sangre, su protesta o la historia de su patología.

Otros, no entran a la lucha sino en apariencia y sin embargo viven; son verdaderos parásitos que por efectos miméticos, su psiquis se acomoda en el medio en que vive, como el insecto que parece una ramita seca en una hojarasca o el gusano que toma el color verde del césped en donde se alimenta.

¿Por qué causa esos retrasados se quedan como los enfermos, en los corredores de un hospital?

Ahondemos las causas. Tal vez nuestra labor de buzo, pueda salvar una vida; pueda hacer volver del antro a la luz.

¿Cuáles son los débiles de moralidad y de cuerpo? Son esas flores del mal, del vicio y de la locura.

Ellos vinieron al mundo, no como frutos del amor, sino del alcohol.

Tienen en su cerebro languideciente, la luz mortecina de la decadencia.

Son inocentes que vienen al mundo, con la madeja de tiniebla que no se deshace; con el músculo que se doblega.

Constituyen la legión de "los que pasan por el mundo sin nombre y sin número".

Hacen la impresión de los desapercibidos que sólo buscan, encerrar su incógnita en el hueco de la tumba.

Y ese joven pensativo? Parece que lo atormentaran ideas no digeridas. Me imagino su cerebro acosado, como la entrada de la colmena azuzada, que millares de abejas ase- dian, sin que parezca que entre ninguna.

Esa es una víctima de la Universidad. Su psiquis no preparada para la lucha, ha quedado como el papel de moscas, lleno de alas que no vuelan. Lleno de ideas muertas, que son otras tantas palabras escuchadas y que han quedado allí, produciendo sólo el calor de la fermentación mal- sana.

¡Pobres cerebros atiborrados de conocimientos inúti- les, que en vez de formarles el paso de la vida, dejan a los jóvenes, como perdidos en un zarzal.

Y ¿quiénes tienen la culpa? Los profesores inexper- tos, que no conociendo la psicología particular de sus discí- pulos, lanzar en las aulas ideas que van, no a fortalecer los cerebros, sino a debilitarlos con el esfuerzo, que el prejuicio doctoral les arroja desde la tribuna.

Y tal asevero, porque me parece que nunca debe lanzarse una teoría, sobre todo de carácter filosófico-religio- sa, si el que la lanza no está convencido de ella, al extremo de llegar como Jesús al sacrificio. Todavía la figura del Di- vino Maestro se yergue en el horizonte de la historia, como ejemplo de la idea hecha hombre, y del hombre convertido en idea.

De no ser así, se produce el fenómeno muy frecuente, de ver profesores en discordancia con las ideas que enseñan.

Si las abandonaron fué porque creyeron que las nue- vas eran mejores. Y mientras tanto, los discípulos, los jóve-

nes discípulos que por primera vez escucharon aquellas ideas; qué hicieron? si ellos no tenían preparado su sentido crítico para rechazarlas, como el profesor?

Recogieron el bagaje y con él caminaron por el mundo trastabillando, y no hallándole a la vida la belleza que sus padres, desde la cuna les predijeron. Son rebeldes que marchan con los puños levantados, e incapaces de grandezas.

Destiérrese de la Cátedra la predicación a no ser que se tenga como verdad impecable.

Si Jesucristo hubiera llegado a viejo, hubiera muerto como cristiano.

“Al lado de las religiones reveladas, existe la religión natural; al lado de los dogmas está el conjunto de las grandes verdades metafísicas que son el *abstractum*, el fundamento común de toda creencia o fe religiosa, y que constituyen, como el patrimonio moral del género humano; hay la idea de responsabilidad moral y del deber; hay la inmortalidad del alma, la vida futura, la existencia de Dios. Este incomparable haz de luces morales debe estar oculto a la juventud? Este tesoro debe permanecer intocable en virtud del principio mismo de tolerancia, para evitar, por ejemplo, que un maestro librepensador, materialista o ateo, esté obligado a enseñar o dar una enseñanza espiritualista a los niños de padres librepensadores, ateos o materialistas?” “No es a los niños a quienes se puede dar como alimento intelectual y moral, el ecepticismo pirroniano y el “Que-sais-je? de Montaigne o de Erasmo”. Bajo la pena de preparar verdaderas ruinas morales, hay que atenerse sólo a los hechos incontestables, a las verdades recibidas, y no quebrantar en sus almas los principios fundamentales de la vida moral, mientras no se demuestre su falsedad”. (1)

Sin embargo, en los Colegios, adonde llega el niño con la caja de dulces de sus creencias, preparada con el almíbar de los besos de la madre y los consejos del padre, y con la poca miel que la abeja de su espíritu pudo recoger, el maestro, cometiendo un *infanticidio moral*, le tira al suelo al niño, aquella caja, y obligándole a que no mire con tristeza los dulces esparcidos y deshechos, le entrega otra, en que el niño no encuentra la dulzura perdida, ni comprende tampoco su valor.

(1) Lavollé.—Les flux nationaux.

¿Con qué autoridad se hace eso?

¿Con qué derecho se atreve un profesor a ridiculizar la enseñanza de los padres? No es acaso eso, atentatorio a la autoridad paterna, e infundir a los jóvenes, muchas veces, el orgullo que les hace recordar compasivamente la enseñanza del hogar?

No. Dejad al niño con su precioso bagaje—que él solo vaya examinando una a una las joyas con que sus padres quisieron de buena fe y con todo cariño, adornarlo.—Si no queda ninguna... No hay responsabilidad para nadie—porque la moral debe tener un origen puramente humano.

“Ella busca aquí abajo, y por los medios puramente humanos, la dicha del mayor número de nuestros semejantes”.

¿Que cómo la alcanzaría? Aquí comienza la incertidumbre y la contradicción”.

Vemos resueltos por unos el problema de la vida, según que su intelecto acepte las ideas de dinamismo, de satisfacción de las pasiones personales, del interés legal o social, etc.” (1)—A cada una de esas soluciones se acomoda el espíritu, y convencido, marcha tranquilo, al final de la vida, sin pensar que a su paso, haya dejado regadas tristezas ni ruinas en la sociedad en que vivió.

* * *

El suicida?—Respetémoslo—queda su ejemplo como una enseñanza.

Yo sé que no quiso matarse voluntariamente. No había en él voluntad; el instinto inhibitorio fué perdiéndose. La ley de conservación personal, fué aboliéndose en él por derogatorias parciales, hasta que, sin culpa, de modo inocente, murió el enfermo, sin que buscara tal especie de muerte, sino la muerte.

* * *

(1) Obra citada de Lavollé.

El mimetismo como el parasitismo existen. Ellos son medios de lucha por la existencia. El uno hasta cierto punto de vista, implica el esfuerzo de confundirse en el montón, para comer o para vivir en el medio social. El mimético, reconociendo su debilidad, para no ser apercibido y trabajar mejor, se oculta entre sus iguales—allí no será visto, no será distinguido. Pasa el enemigo, y se hace el muerto, como ciertos insectos y animales, cuando reconocen la fuerza de su contrario y la imposibilidad de defenderse haciendo resistencia.

El parásito social, tiene el trabajo de no trabajar. Es negativo. Pero vive. Lo vemos manifestarse en su pasividad económica de cuentas nunca solventadas y de nuevas cuentas que adquiere, con la misma tranquilidad que no paga las otras, y con las mismas exigencias del matapalo, que tiende la red de su bejuco, como para aprisionar mejor la savia ajena que el árbol da a sus ramas.

Pero con la única diferencia: que agotada la savia, muere generosamente el matapalo con el árbol que lo alimentó, y el parásito social, siempre encuentra un nuevo árbol que secar, y tiene tranquilidad para ver morir.

*
* * *

¡Ah! sí. La época que vivimos es dolorosamente interesante.

El hombre consciente, nuevo Dante, que avanza en las sombras para recibir al final de su viaje, el beso de la aurora, se detiene como el Médico en su clínica ante la cama de sus enfermos, a examinar cada una de las causas que impiden el perfeccionamiento humano. A analizar todos esos seres rehacios a la luz del progreso, y que son *casos* como ellos dicen.

Estamos en plena clínica social.

Veamos unos *casos*. Ese hombre, de quien el hedor de sus harapos nos anuncia su presencia, a las preguntas que le hacemos, nos contesta, que nada tiene, que nada piensa, que nada quiere.

Es un vagabundo—un antisocial—un inadaptable. Un ser que no se preocupa por nada ni por nadie—que no sabe de las ambiciones del dinero, ni ha escuchado jamás los arrullos del amor.

No espera más que la orden de marchar que su organismo enfermo le dará, para avanzar y plantar su tienda en otra parte.

Entre las causas que conducen al crimen, están las del vagabundaje y la mendicidad. Y si la sociedad lo sabe, debe preocuparse por estudiar esta cuestión, y al par de los Médicos, que aseguran que no hay enfermedades, sino enfermos; y el criminólogo, que dice que no hay delitos, sino delincuentes, considerar la cuestión y comprender también que no hay vagabundaje, sino vagos; mendicidad sino mendigos.

Y así como esas ideas han bastado para volver la hoja a la medicina y al derecho penal, y encaminarlos al progreso, examinando propiamente a los agentes en que los fenómenos de enfermedad y de delito, se presentan, debe también hacerse a un lado el concepto abstracto de la vagancia y de la mendicidad, para examinar en salvadora clínica, a los seres que se denominan vagos o mendigos. Entremos de lleno en la cuestión y tratemos de acercarnos lo más posible, a la resolución del problema.

Desde varios puntos de vista puede ser examinada.

“La psiquiatría, dice Consiglio, puede distinguir dos graduaciones de individuos en el fenómeno en referencia: *psicópatas y anómalos*. Son los primeros los degenerados migratorios de Foville, impulsados al vagabundaje, por sus condiciones anormales, permanentes ó subsiguientes a crisis, según su modalidad morbosa. (Viandantes locos de Tissié).

“Así tenemos las *fugas o crisis precursivas o ambulatorias* de los histéricos o de los epilépticos, con las cuales se presenta ofuscamiento de la conciencia o abolición total de la misma, con *amnesia consecutiva* siendo éstos, verdaderos *equivalentes psíquicos* neurósicos con abundante fermentación de los centros de la marcha, en la perturbación cerebral que ofusca y extravía la conciencia y los centros de inhibición, en lugar de producir la forma vulgar del acceso psicomotor en la convulsión muscular”.

“También tenemos los *sonámbulos* por distinta causa (*histerismo, estados secundarios e hipnóticos de sonambulismo*)

natural) que algunas veces emigran largos trayectos y hasta desertan del ejército en un estado de vigilambulismo automático, con apariencia de actividad intelectual, etc."

"Hay también los *migratorios perseguidos*, nuevos judíos errantes, en la fase delirante o alucinatoria de la paranoia, que cambian con frecuencia de residencia, inquietos y agitados, para sustraerse a la acción dañosa de pretendidos adversarios a los que atribuyen los males que padecen. Finalmente tenemos las verdaderas crisis vagabundas de los degenerados, de los anormales, crisis que se desarrollan como una manifestación imprevista que les obliga, sin fin determinado, pero sólo por la necesidad o por el capricho de lo distinto o por algo que no saben y que les falta, en una confusa aspiración de novedad, ó como proyección centrífuga de su impotencia interna que ellos no advierten como tal, sino como reflejos de obstáculos exteriores, de condiciones de vida física y sobre todo social, hostiles e inadecuadas; y conservan entonces el recuerdo de la crisis y el recuerdo del acto". (1)

Amado Nervo en su obra MIS FILOSOFÍAS, que creo que es la más reciente, que ha publicado, describe un caso de estos, en un artículo que titula "Mi amigo".

"Pero la gran masa de los vagabundos no está constituida por individuos tan anormales como los que acabamos de describir, que son verdaderos *psicópatas*, sino también de una muchedumbre de anormales, en grado más o menos marcado cuyo fundamento es el estado incompleto y la escasez real de las energías nerviosas y de la potencialidad psíquica, no obstante las apariencias más o menos brillantes que a veces pueden manifestar".

"Es decir, son individuos que en términos generales, pero no exactos, pueden llamarse *neurasténicos*, (Benedick, Charcot) o mejor *psicasténicos*, para indicar precisamente este defecto de potencialidad, que los hace menos activos, menos completos, más disciplinados en las manifestaciones de su conducta, menos aptos en fin a la vida y a las condiciones de existencia del grupo colectivo y de la fase histórica de civilización en que vivían" (2)

Hemos visto desfilan a los vagos cuyo estado es, so-

(1) Archivos de Psiquiatría y Criminología de Buenos Aires.

(2) Archivos de Psiquiatría y Criminología de Buenos Aires.

bre todo, patológico, y requiere por consiguiente un tratamiento, un régimen terapéutico que los salve de la pendiente del crimen a que la anormalidad que padecen, los conduce.

Como se comprende, tales enfermos pueden presentarse, no sólo en las bajas clases sociales, sino también en las altas, en donde el *confort*, el no desear nada y el no saber del esfuerzo que el trabajo implica, parece que más fácilmente los condujera a esos trastornos psíquicos, que tienen su manifestación más evidente en la pereza, en esa laxitud nerviosa, que acarrea la *abulia* o muerte de la voluntad.

Pero bien. ¿Nuestras leyes al respecto, permiten al Juez tomár en consideración esas circunstancias personales del vagabundo, para mandarlo, no a Talamanca, sino a un Hospital?

La ley de 8 de julio de 1887, define a los vagos y después va señalando las penas a que son acreedores, según que sean primarios o reincidentes en ese que llaman delito. Y según se trate de mujeres, niños u hombres, ordena que sean obligados al trabajo y que si son niños, sean entregados a los dueños de talleres, o bien en casas particulares de buen nombre, para que sirvan y el salario les sea entregado a sus padres o bien gastado en la alimentación y vestidos.

No hay dentro de la ley, una disposición que obligue a recibir esos infelices a las personas designadas; y lo que es más grave aun; no hay, dentro de esa ley, tampoco una disposición que haga detenerse al Juzgador ante un acusado de esa especie y decidir si se trata propiamente de un vagabundo o de un enfermo, que no tiene la suficiente normalidad para aprender un oficio y trabajar.

Defecto es éste, no sólo de la ley que se examina, sino también de toda nuestra legislación penal, fundamentada en el clasicismo estéril y tiránico.

“El vagabundo (1), es un ser de carácter débil y sugestible. Bajo el imperio de la necesidad o de las pasiones, podrá convertirse en instrumento dócil del criminal que se le halla en el camino, y que sepa ganárselo con una comida o con un vaso de vino”.

En ese debilitamiento de las facultades inhibitorias, reside el peligro para la sociedad porque: o bien el vagabundo puede ser inducido por otro, a la ejecución o participa-

(1) Riviere. Vagabundos y mendigos.

ción del delito, o bien, por su propia cuenta, irá a formar parte de esa legión que puebla los presidios.

Si la educación, si el medio en que nacieron muchos, son causas que producen el vagabundaje o la mendicidad, debe tratarse entonces de llenar esas deficiencias, con verdaderas medidas preventivas contra el delito y contra la desmoralización.

“El hombre que nada tiene y que en nada trabaja tiene que vivir por fuerza de lo ajeno. Si eso ajeno lo pide y le es dado voluntariamente, es un mendigo; si se apodera violentamente de ello, es un ladrón”.

“El hecho de mendigar un individuo sin recursos y sin trabajo, no ha sido considerado como delito, sino después que la creación de hospitales generales, proporcionó refugio a todas las miserias inmerecidas”. (1)

El único remedio para el vago que no sea evidentemente patológico, es el trabajo.

Debe tratarse de despertar primero, y después de crear en esos seres el hábito del trabajo. El los salvará, no sólo a ellos sino también a las generaciones posteriores, que tendrán un ejemplo bueno que seguir.

Entre nosotros, ¿qué se hace? Precisamente lo contrario, se les envía a una cárcel en donde no hay talleres ni posibilidad alguna de aprender un oficio y hacer economías; y en donde el roce con los demás reos, los afina en la maldad; o también se les envía a Talamanca o a otro lugar cualquiera, en donde no sólo están más lejos las posibilidades de regeneración, sino que también la poca vigilancia de la autoridad en campos desiertos y casi abandonados, les hace vagar y hurtar para poder vivir.

Parece que fuera esa condena, una patente legal para entregarse de lleno al vagabundaje y la depredación.

Si nuestra ley fija penas tan severas para los vagos, en muchos casos superiores a las que el Código Penal señala para los delitos y sin que esa pena lleve en sí ningún remedio al mal que se castiga, debe quitarse a esos hechos que la ley califica de vagancia, el carácter de pena y aplicar aquí la teoría de los sustitutivos penales de Ferri, y procederse a la creación de colonias y establecimientos, en donde los allí llevados, encuentren, no sólo la convicción de que la socie-

(1) Riviere.—Obra citada.

dad les da la mano para levantarles del fango, sino también la certeza de que dejarán allí olvidados, entre las herramientas del trabajo, que les enseñaron un oficio, y les hicieron economías, las ideas del delito, que como el herrumbre, carcomían antes su alma.

“Si por envidiable privilegio va disminuyendo la criminalidad en Inglaterra, mientras crece en otros Estados, se debe en gran parte a las excelentes medidas adoptadas allí para reprimir la vagancia de los niños.

La caridad privada contribuye en gran manera a esa obra de saneamiento moral.

Varias sociedades protectoras de la infancia sostienen agentes que recorren continuamente las calles de Londres para recoger a los niños abandonados y hambrientos, que tan fácilmente pueden convertirse en delincuentes.

Además de las escuelas con certificados del Gobierno, hay muchas que recogen a los niños para educarlos y enseñarles un oficio”. (5)

¿Por qué no podríamos hacer aquí lo que en Inglaterra?

*
* * *

Veamos otro enfermo. Está roncando en una cantina. Frente a él y en la mesa, una botella y un vaso de vino ya vacíos. Es un alcohólico. Su nariz de ascua, tiene todo el fuego de las libaciones pasadas. Era un hombre útil. Ahora es un degenerado psíquico. Su cerebro es como esas luces de los cementerios, que sólo indican la tumba vecina.

Este vagabundo, de voluntad aniquilada, no sabe nada de amor a los hijos, a la esposa, a la patria, y sólo es exponente de una de las causas principales de decadencia moral y social.

Omito entrar en consideraciones doctrinarias y estadísticas para la demostración de mi aserto, está en la conciencia de todos que el alcoholismo acarrea la degeneración.

*
* * *

(5) Riviere.— Obra citada.

Veamos otros. Cuando al rededor de una mesa juegan sus fortunas, es curioso ver que sus semblantes como si estuvieran numerados cambian, según que el dado inflexible grite el número.

“En ese momento,—dice Maeterlinck, hablando de Monte Carlo,—un ojo que percibiera a través del misterioso velo del azar, algo inefable esparce sobre el tapete, un campo de trigo que madura al sol, a mil leguas de aquel lugar, en otros casos, un prado, un bosque, un castillo que la luna baña en las noches del invierno, una tienda que hay bajo los soportales allá en una ciudad vieja, un tropel de campesinos trabajando bajo la lluvia, obreros levantándose al alba, mineros en la mina, marineros en el navío, las alhajas de la disoluta, del amor o de la gloria, de la alegría o de la miseria, de la injusticia o de la crueldad, de la avaricia o del crimen, de las privaciones o de los sollozos.

Todo esto reposa aquí, tranquilamente convertido en monedas de oro o billetes de Banco. Papeles y moneda que fijan los desastres de una existencia entera, que van a repercutir allá lejos en el mundo real, en las calles, en las llanuras, en los árboles, en la sangre, en el corazón; que van a demoler las mansiones familiares donde murieron los padres, a dar otro dueño a la aldea, a cerrar una oficina, a privar de pan a los niños de todo un barrio, a detener las obras de una casa, a arrumbar en un dique un barco, a quebrar o detener una vida, a anular esa cadena de efectos y de causas en el tiempo y en el espacio. Ninguna de esas verdades murmura indiscreta. Hay aquí más Euménides que en las gradas del palacio de los Atridas; mas sus sueños y sus gritos de dolor se disimulan en el fondo de los corazones. Ninguna traición, ningún presagio. Ni una palabra ni un gesto insólito. Los ojos como si quisieran salir de las órbitas. Es una atención inmóvil. Es el lugar de los dramas sin voz, de los combates callados, de las desesperaciones sordas, de las tragedias silenciosas, de los destinos mudos, que se destruyen en una atmósfera de mentiras que absorben todos los ruidos”. (1)

Cuando concluye la escena, salen unos con caras de suicidas, tal es la palidez de sus frentes y extravío de su mi-

(1) Maeterlinck.—El templo del azar.

rada. Otros hacen oír la canción del oro de sus bolsas apopléticas.

Y después? La tristeza del hogar y el olvido del trabajo.

*
* * *

En un patio está un hombre frotándole las patas a un gallo. Está alegre y quisiera que estuviera listo pronto para el tiempo en que el Congreso vote la ley que autorice la muerte del gallo. Y sin embargo, qué es lo que en el fondo de esa ley existe?

Un incentivo para que el hombre diga:

Mejor no lucho, que luche mi gallo. Y así vemos que este pobre animalito a cambio de unas frotaciones y un cuidado especial, tiene que sustituir sus propias fuerzas a las de su dueño, que es ya impotente para la lucha de la vida.

*
* * *

Este otro enfermo es un erotómano. Que su persona es nociva, lo puede decir la madre que perdió a su hija. La niña perseguida y avergonzada de la frase impúdica que oyó al pasar cerca de ese hombre, que en su locura, trata de desquiciar la moral social.

¡Pobres niñas, sobre cuyas cabezas revolotean con silencio de delito, las mariposas negras de la prostitución!

¡Pobres mujeres que no conocen del amor, sino del dolor, de la amargura y del desprecio!

El desprecio... Para quién debía ser?

Cuando vivamos en tiempos mejores se dirá para quién sea. Por ahora parece como que el hombre creara de propósito el objeto de su desprecio...

*
* * *

Y qué decir de la pornografía?

Oigamos a Lavollé: (1) "al mismo tiempo que en el teatro, se ve que poco a poco las costumbres y el lenguaje de los malos lugares, se insinúan en la novela y sobre todo en el folletín o novela popular. Hay apenas necesidad de recordar los abusos a los cuales da lugar este género de literatura; el alimento que encontrarán las más vergonzosas pasiones; las caídas a que se ha dado origen; los crímenes que ha inspirado".

Pero más culpable todavía que el teatro y la novela, ha sido la imagen.

La tarjeta postal, vendida por millares, es el más desastroso agente de corrupción. (2) Ellas llegan anónimas a los hogares castos, y dejan su veneno inyectado, que hace brotar las rosas del pudor en las mejillas.

*
* * *

En lo político ¿existen causas de decadencia de los pueblos? Sí, señor. Un régimen político anormal. El miedo producido por la constante amenaza de las autoridades; el temor de causar el enojo vengativo del tirano, van poco a poco transformando a pueblos viriles y valientes, en cobardes y disimulados; y en medio de aquel desierto que el silencio acompaña, aparece una fatídica florecencia, nuncio de muerte y decaimiento, el servilismo.

El tirano tiene, no la obediencia convencida, sino la tímida. Manda con el látigo y no con la palabra hecha luz, que habla a la razón.

Responsabilidad enorme adquiere un hombre que contribuye con sus actos de gobernante al envilecimiento de un pueblo.

Esa educación convencional que se exige desde las alturas, sólo puede corregirla una reacción: la que produce la confianza y voluntad populares; los ejemplos de civismo y de honradez administrativas.

(1) Lavollé.—Obra citada.

(2) Les fleaux nationaux.

“Uno de los grandes beneficios de las instituciones libres es que contribuyen a excitar y mantener en actividad el espíritu de una nación.

Se dice que la educación del pueblo es necesaria para el mantenimiento de la República y yo digo: que es igualmente cierto que una República es un poderoso medio de educación. Es la Universidad del pueblo.

Debe tratarse de que el pueblo adquiera una idea clara de las cuestiones que agitan el país; estudiarlas en vez de perder el tiempo en conversaciones vagas y apasionadas.

A medida que el pueblo se educa, cesa de ser el instrumento de los intrigantes y logreros políticos.

Los que busquen sus votos, ya no se dirigirán más a sus pasiones y celos, sino a su inteligencia. Ya no será una influencia nominal, sino real la que ejercerá sobre el Gobierno y los destinos del país”. (1)

*
* * *

Todas esas causas, verdaderas taras degenerativas han entristecido el espíritu moderno de la humanidad. Y es que en ella no hay una sola manifestación, tanto en lo intelectual como en lo moral y sociológico, en que no aparezca esa niebla que no deja lucir al cielo todo su esplendor y al corazón toda su alegría.

El hombre contemporáneo, parece que asistiera a una ruina completa, en que no puede admirar más que la grandeza de las cosas pasadas. Restos de civilización, piedras veneradas sobre las que es preciso reconstruir por prodigio imaginativo, monumentos, palacios, esculturas, reveladoras de la potencia artística de antaño, y que el hombre de hoy saluda con respeto, comprendiendo su inmenso valor y lo lejano que está la época en que sobrepuje a esas grandezas. Hay en este reconocimiento de nuestra pequeñez, un dolor profundo que nos hiere, nos maltrata y nos impele a desesperar de nuestras facultades.

(1) Oeuvres de Charring.

La educación moderna, basada en ese sufrimiento, hace surgir en la mente ideas de revolución; ideas que sólo para contemplarlas nacen, y que si es cierto que guían nuestra existencia, como la luz lejana que divisa el viajero en la montaña, también es cierto que en esa montaña oscura se perece, con el grito de dolor en el pecho y el alma llena de ambiciones que nos dejaron vencidos en inútil batalla.

De esa lucha desesperada, ha nacido una filosofía, escrita por un viejo alemán, que tuvo el poder de abrazar las tinieblas y las negruras de los abismos, y sujetarlas con su pluma de cuervo, para enseñar al mundo, lo que en la mente humana se opera, en el momento en que vivimos.

El dolor, el cruel martirio de la vida; he ahí la única fuente que ese viejo fúnebre señala como exclusiva para apagar la sed del hombre. Y los que beben de ella, que no son de seguro los bienaventurados del sermón de la montaña, quedan enfermos, quedan tristes y agobiados por el pesar, esperando con sin igual excepticismo, la hora libertadora en que se empezará a vivir.

Y esa tristeza contemporánea, se trasluce en todo, en todo se dibuja; porque el espíritu no retrata, sino lo que en su fondo pasa y así la obra literaria actual, después de leída, deja en el pecho la impresión de un sollozo que va a estallar y en la mente la plegaria angustiosa del que pide una voz de aliento.

Y como cada época ha necesitado de un alma, de un héroe que diría Carlyle, que recoja las vibraciones que la acompañan, la actual encontró en el Cisne de Recanati, el poeta que cantó elegías que arrancan lágrimas a los ojos y gritos de protesta al corazón. La ingenua alegría, reveladora del buen vivir de nuestros antepasados, no aparece ya y se hace desear en los escritores modernos, a quienes es preciso no culpar, porque el humor cambia y cambia con él el estilo y las ideas. El buen humor, dueño de la risa placentera y sana tampoco existe y apenas se oye la carcajada en que vivieran, los que en épocas pasadas gozaron de las dulzuras de la vida y contemplaron extáticos el cielo de azul purísimo, que la naturaleza hizo reflejarse en aquellas felices almas.

El temperamento del hombre, hijo del ambiente que lo rodea, hace que cambie tanto la moral como las instituciones de los pueblos; y como el modo de ser contemporáneo

está maleado por lo difícil de la lucha por la existencia, en esa lucha se ha forjado su moral egoísta, esa moral que nos señala como límite de la batalla, la consecución de nuestro propio bienestar, que arrolla muchas veces con la felicidad ajena.

De ahí los deseos de mejoramiento de las clases trabajadoras.

De ahí el nacimiento de doctrinas espeluznantes que designan la muerte de unos pocos, como el remedio de muchos males; de ahí la protesta contra las instituciones presentes y que hacen desear la destrucción de lo que se considera como viejas rutinas y vicios de raíces hondas; de ahí esa anarquía deseada, en que se supone que el hombre no será hasta entonces, el rey de la naturaleza, por la perfección de su espíritu, que hará imposible, el menor lazo que constriña su libertad.

Se clama por la redención económica del hombre como única base de su redención moral, mas es posible, que el día en que aparezca ese redentor, símbolo de todos esos ideales, se le señale un nuevo Calvario que tendrá por término otra Cruz.

Sin embargo no hay que desmayar.

La juventud que a cada paso encuentra en la naturaleza algo que parece abrirle un horizonte nuevo, no puede aceptar las ideas del viejo Esquilo que decía en su Agamemón "¿a qué inquietarse del porvenir, si no se le puede evitar?, porque si tiene ilusiones, si en el mañana piensa, y si halagado por la esperanza, siente ésta como si la realidad de ella existiera, debe pensar y creer con Maeterlinck, que en el presente hay mucho del porvenir.

La conciencia del buen éxito que se alcanzará en determinada empresa, conocidas las fuerzas con que se cuenta; el cálculo del matemático para solucionar el problema del mañana ¿no son momentos del porvenir que se siente, que se palpa como conquista del intelecto?

Esa visión del mañana que debe llenar nuestros ojos ¿no es el porvenir que se manifiesta y dice al presente, yo te sustituiré?

Esa voz es el *excelsior* alentador, que hace que pasemos por el mundo como soñadores cargados de proyectos y hacia la luz, que nos anuncia que vivimos, para sostener y dar calor a nuestras creaciones.

El artista que ante un bloque de mármol se coloca, mide su potencia creadora y presiente en una ráfaga de inspiración, la apoteosis misma de su gloria del mañana. Acaricia la figura que de ese bloque surgirá al golpe de su cincel y contempla con satisfacción infinita, la perfección de la forma, las líneas completas de su estatua.

Por tal prodigio que en la imaginación del artista se opera, así como en la del campesino más humilde, cuando sueña en la cosecha que vendrá, es que se vive y se sigue adelante, llevando siempre el anhelo de contemplar la belleza de la realidad futura.

Sí, tengamos fe; seamos como el artista que ante el bloque de mármol se detiene, y vivamos como él dos glorias, la de su idea y la de su ejecución.

